



Estás a punto de leer un
fragmento de Los Underdogs.



los underdogs

LECTURA ONLINE/PDF FORMAT

www.losunderdogs.com | info@losunderdogs.com
material protegido © 2006



los underdogs

ROCK DURO Y METAL PESADO
salvador luis

Colección Revoluciones

Rock duro y metal pesado; 1ª ed.

© 2006 Salvador Luis

© 2006 Ediciones Los Underdogs

www.losunderdogs.com

info@losunderdogs.com

Catálogo Los Underdogs: UD002

Impreso en los Estados Unidos de América en el año 2006

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso previo del editor y/o autor.

Rock duro y metal pesado

A Jorge Porturas, Oliver Glave y Ángel Ch.

En un mundo ideal, este inicio no debería existir, más bien, debería ser la música la que responda por sí sola. Pero para que la música lo haga es necesario que persuada a quienes no creen en su sonido. Por supuesto, desde el arranque de esta introducción anticipo un desinterés mayoritario, supongo que es lo justo: a mí no me gusta ir al mercado a comprar menudencias y tampoco espero que todo el mundo se alimente de las que están aquí. Es muy probable que no logre convencer más que a aquellos que ya son adictos, sin embargo, me gustaría pedir una tregua (eso significa que lo que voy a sacar de mi bolsillo no es una pistola sino una bandera blanca), al menos por hoy, para que aquellas personas que no estuvieron a mi lado cuando me inicié en estas artes, entiendan mis razones para dedicarle unos cuantos meses de mi vida a un libro que lleva por título *Rock duro y metal pesado*.

Para serles franco, no sé si todavía soy un metalero, un *metalhead*, *headbanger*, o lo que se dice por ahí. Al menos ya no me siento como aquel muchachito de 11 años que dibujaba el logotipo de IRON MAIDEN en la última página de su cuaderno de matemáticas y que se imaginaba coreando canciones en Castle Donington¹. Las cosas, supongo

¹ Villa al norte de Leicestershire, Inglaterra, donde está localizado Donington Park. Por muchos años, Donington fue el escenario del famoso festival Monsters of Rock.

que a esto se le puede llamar la máquina que progresa, han cambiado mucho desde 1989. De todos modos, mi gusto por el rock duro ha sido tan variado a lo largo de los años que se me dificulta hallar una ubicación en una sola esfera. Pienso que con el tiempo, y este es otro de esos signos de avance, he aprendido a convenir en algo más absoluto y universal. Pero empecemos por el principio.

Creo ser quien soy musicalmente –en realidad, también podría echarle la culpa a Darth Vader– porque en casa de mis padres hubo casi siempre solo dos fuentes de las cuales beber: el *rock 'n roll* y la música clásica². Se podría decir en pocas palabras que me crié intercalando discos de Vivaldi y de The Guess Who. Cuando iba a casa de mis abuelos, los melómanos tenían otros vicios, pero en mi casa, fuera de la esporádica aparición de Roberto Carlos o Earth, Wind, and Fire, no había más que overturas, música del agua y submarinos amarillos. Mamá y papá no son entusiastas de los ritmos que el mundo reconoce como latinoamericanos, jamás hubo sones, ni corridos y tampoco tangos. La música criolla y la *bossa nova* estuvieron presentes en cierta proporción, pero no puedo decir que estos géneros fuesen la razón de vivir de los dos seres que me trajeron al mundo. Nadie es perfecto.

A pesar de que el *rock 'n roll* significó el asiento obvio para lo que iba a tomarme después, la música

² Cabe resaltar que, en su momento, ambas tendencias musicales han sido consideradas expresiones diabólicas. Así, el acorde prohibido en la Edad Media, el presunto pacto satánico que le daba vida al violín de Paganini o las contorsiones de Elvis Presley son parte de la leyenda negra, una mala reputación que en la mayoría de los casos nace solo de la ignorancia y el prejuicio.

clásica ha cumplido un rol igual de trascendental en la creación de mis monstruos personales. Yo no sé si se han percatado, pero escuchar a Beethoven o a Bach puede ser tan espeluznante como escuchar a Sabbath. Alguna vez atendí a un comentario similar de Tom Scholz, el guitarrista y productor de Boston, que decía que mucha de la música clásica es realmente intensa, intensa en el sentido *heavy*. Siempre me ha parecido acertado mencionarlo, pues hay piezas de música clásica que sin duda pueden llegar a crear aquel metafórico *wall of sound*³ que son el *hard rock* y el *heavy metal*. Cuando escucho, por ejemplo, la música de Wagner o el último movimiento de *La Sinfonía del Nuevo Mundo*, vivo la experiencia intensamente, siento aquella vibración familiar que me devuelve a los pasajes más potentes de Maiden, Priest o Megadeth. Salvando las diferencias, desde luego, son géneros musicales distintos: uno basado en la orquestación y el otro en la amplificación de sonidos; no obstante, sus pequeñas similitudes han reforzado ese gusto que tengo por lo pesado. He aquí, entonces, la pregunta obligada: ¿No les parece que un solo de guitarra de Eddie Van Halen, al menos en la esencia, puede acercarse al moscardón de Rimsky-Korsakov?

Si hoy confieso que ya no soy un metalero en el sentido puro del término es porque de esa época solo me quedan las memorias de intercambios y charlas con individuos de sombría procedencia como El

³ *Wall of sound*, literalmente: muralla de sonido.

Perro, El Loco, Zamora, Coqui y mi primo Oliver, todos ellos personajes que deambulan en el campo del tiempo perdido. Conforme fui creciendo, o “haciéndome grande”, fui adaptando mis gustos y profundizando en la historia del rock. Sin dejar de gustarme un extremo, empecé a dedicarme a los cimientos. Me embriagué con Hendrix, con Cream, con The Who, con Zep. Mi primo me introdujo al mundo de Jethro Tull y de King Crimson. Luego, me sedujeron el frenesí de The Clash, los experimentos de Frank Zappa y más tarde las vueltas y revueltas de la voz de Mike Patton, alguien que, desde mi punto de vista, se adelantó a su época por lo menos diez años.

Lo de Mike Patton fue inmediato, y creo que un punto culminante en la manera de definir la clase de música que me provoca y el arte que practico. Recuerdo siempre un segmento del MTV Video Music Awards de 1990 en el que empezó a tocar un grupo que yo jamás había oído nombrar: Faith No More. Faith tenía un líder bastante peculiar, que cantaba con una mano de goma colgando de su estómago, una especie de apéndice como los que pican y vuelan en películas de terror. Sinceramente, para mí esa fue una puesta en escena sobrenatural. No lo voy a negar, una de las cosas que más me enorgullece en esta vida es haber sido seducido por un bufón con retardo mental como Patton, porque desde esa noche me enamoré de él y de ese registro vocal tan absurdo, alto o bajo o destructivo, y yo mismo me identifiqué un poco mejor como artista. Ya no estoy seguro, sin embargo –pues no he vuelto

a ver el vídeo de aquella ceremonia de MTV-, si en verdad había otra mano saliendo del cuerpo de Patton o si en ese momento el tipo fue tan aterrador para mí que se me figuró que tenía una quinta extremidad tratando de escapar de sus entrañas, no obstante, el rock me permite esas libertades; en sí, y valga la redundancia, este libro es algo que me libera.

He preparado este catálogo por esa única razón. El *rock 'n roll*, a pesar de que muy poca gente se dé cuenta, siempre ha sido una parte básica de mi visión de las cosas. Todo mi arte tiene su influencia y su sello de agua. En el fondo, a mí me hubiese gustado ser una estrella de rock, pero no una superflua, empolvada con *glitter*, sino una al estilo de Morrison, de Robert Smith o Joe Strummer, alguien que perdure. Si no llegué a convertirme en el líder de un grupo, fue porque en su momento fui sincero conmigo mismo y con los demás, y acepté que podía escribir letras para canciones pero que no tenía, ni las tengo aún, aptitudes de aquellas que llaman musicales. Aun para ser un *punk* es necesario convivir con el gusano de las escalas, entonar y pensar musicalmente. Mi cerebro, y mi organismo en sí, no son los de un músico. La música es quizá ese arte que no soy capaz de controlar, puedo pintar, puedo moldear barro y arcilla, escribir libros e imaginar películas, pero jamás fui capaz de coordinar el paso de mis dedos para tocar una guitarra, y cuando intenté cantar, yo mismo recogí los cuerpos de las víctimas después de la sacudida. Simple y llanamente, la práctica de la música no será mi legado.

Sin embargo, nunca pude alejarme del rock, y desde mi adolescencia no he cesado de ir a conciertos y de sentarme a conversar con músicos de este género. Es algo vital para mí, me refresca. Este libro, que espero sea el primero de una serie acerca del *rock 'n roll*, nació porque hay momentos en la vida en los que una persona debe decir quién es y de dónde viene: Yo me llamo Salvador y escucho el rock desde niño. Me atrapa.

Rock duro y metal pesado es un inventario de 25 años de la historia de dos de las ramas del *rock 'n roll*: el *hard rock* y su extensión natural el *heavy metal*. Empieza, oficialmente, en 1970, aunque hago un breve espacio para el que considero el preludio del año anterior; el libro cierra, finalmente, a mediados de 1995.

En este catálogo, he listado 110 discos que, según las experiencias que he adquirido a través de los años, gracias a revistas como *KERRANG!*, *Circus*, *RIP*, documentales, reuniones y decenas de horas al frente del televisor analizando programas como *Headbangers Ball* y *120 Minutes*, exponen de mejor manera el sonido y las tendencias por las que el *hard rock* y el *heavy metal* se rigen. Bajo esa premisa, he tratado de rendir tributo a los grupos de rock que con su trabajo y visión construyeron el camino de la música *heavy*, y a bandas que, habiendo sido influenciadas por sus predecesoras, supieron revitalizar este género musical. Algunos de estos álbumes son considerados por músicos y críticos como las piezas cumbres de ciertos artistas, no

obstante, mi intención no es repetir *rankings* Top 100 como los que suelen entregar publicaciones habituales, sino preparar un inventario válido para el artista de este género, donde no se resalten solo las modas o los números de ventas, sino, más bien, las influencias y el valor año por año de estos autores.

Al escuchar y entender este catálogo, el novicio comprenderá por qué una banda tan legendaria como Deep Purple se arrodillaba ante un grupo como Mountain, por qué en 1972 se lanzó un disco llamado *Machine Head* y en los años 90 nació un grupo con ese mismo nombre. Es importante reconocer, siempre, que tanto Led Zeppelin como Black Sabbath son los dos componentes cardinales del *hard rock*. Cada nuevo año se resaltan novedades vagas, que son, en verdad, únicamente el producto continuo y cíclico de la cultura de la música pesada. Debido al afán comercial y la táctica mentirosa, se pierde la esencia de este género por culpa de falsos comunicadores, que no reparan en que grupos como Budgie, Thin Lizzy, Diamond Head o Killing Joke son igual de influyentes que los rainbows y pistols en las carreras de Metallica, Nirvana o Pantera.

A la misma vez, con esta compilación he intentado volver a los principios. Casi todas las cantantes de *hard rock* le han pedido la garganta prestada a Patti Smith. Lita Ford y Joan Jett, por otro lado, fueron compañeras en The Runaways antes de hacerse un nombre como solistas. The Stooges, con ese dulce sin envoltura que es Iggy Pop, inventaron lo que luego se llamaría *punk*, y The Who se aproximó desde fines de los 60 con su personalidad y

sus letras. Sin el *shock rock* de Alice Cooper y Kiss no existirían The Misfists, Twisted Sister, Marilyn Manson y recientemente un grupo como Slipknot. Un músico de rock duro, sin duda, necesita saber cuál álbum fue producido por Butch Vig y cuál por “Mutt” Lange, saber que grupos como Sonic Youth y Pixies son dos de los verdaderos padres del mal definido rock alternativo. Alguien que se incline por esta clase de música debe enterarse del golpe que tramó Ronnie James Dio junto a Ritchie Blackmore antes de producir *Holy Diver*, y que las guitarras de Ted Nugent y Michael Schenker catapultaron las piedras que Tony Iommi no expulsó.

Nikki Sixx dijo una vez, hablando acerca de lo que deseaba que fuese Mötley Crüe en la memoria colectiva universal, que ojalá su grupo se recordara simplemente como una rasgadura en la historia del rock. Esa misma rasgadura es lo que este libro significa para mí en la historia de mi vida: una pequeña marca, ya un poco avejentada, ya no tan popular como en su época, *old school* dicen los más jóvenes, pero que también merece un lugar dentro de cualquier civilización, un lugar que hable de sus cualidades y no de sus estereotipos. Este catálogo, espero que al final se comprenda así, no tiene como meta convertirse en un reniego antisocial, lo concibo, más bien, como una exploración.